

## DOMINGO II DE CUARESMA (B)

Homilía del P. Cebrià Pifarré, monje de Montserrat

4 de marzo de 2012

Gén 22: 1-2.9a.10-13.15-18; Rom 8:31 b-34; Mc 9:2-10

Cada año, en el II Domingo de Cuaresma, la liturgia nos invita a contemplar la escena de la Transfiguración de Jesús. De este evento, que es como una anticipación del estallido luminoso de Pascua, este año hemos leído la versión del Evangelio de Marcos. Este Evangelio, que es como una introducción al relato de la Pasión, se complace en insistir en la visión de Jesús como Hijo del hombre, y en el carácter paradójico de su mesianismo, hecho de luz y de sombras. Así se constata en lo que constituye el centro de la secuencia evangélica de hoy: la revelación de Jesús como Hijo amado del Padre del cielo.

Sobre los tres discípulos que acompañan a Jesús en la montaña, el mismo Evangelio de Marcos, un poco antes del pasaje que hemos escuchado hoy, hace notar que resistieron obstinadamente a Jesús cuando con toda claridad les anunció los sufrimientos y la crucifixión del Mesías. Los hermanos Santiago y Juan, no sólo mostraron su rechazo al anuncio de la pasión, sino que por el camino, de manera mundana, irreflexiva, hasta discutían cuál de ellos sería el más importante en el Reino del Mesías. No menos mundana fue la actitud de Pedro. Aunque hacía bien poco que había confesado a Jesús como Mesías, cuando este anunció la pasión del Hijo, pensando hacerle un favor, se puso a contradecirle. No había entendido el sentido profético de la misión de Jesús. Su sueño de un Mesías triunfante, sin las marcas de la pasión, aliado del poder político, fue tildado de satánico por Jesús: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!».

La escena de la Transfiguración de Jesús, tal como la cuentan los evangelios, está llena de referencias simbólicas al AT. Jesús se manifiesta a los discípulos envuelto en la gloria de Dios. Haciéndole compañía, testimoniando su mesianidad, aparecen Moisés y Elías, los videntes que habían experimentado también la proximidad del misterio divino en la montaña, y que según las tradiciones de Israel, arrancados de la muerte, habrían sido llevados cerca de Dios. Así, pues, el que los profetas habían anunciado, el esperado por todos los pueblos, ahora está aquí, como «el Hijo del hombre sobre las nubes», también como el «Hijo y siervo» de Dios, humilde y pobre, celebrado por Isaías, como si viera lo invisible. ¿Mesías, este hombre perseguido? ¿Resucitado, este hombre crucificado? Tocamos aquí el lado incómodo y perturbador del Evangelio, la realidad de la experiencia creyente, hecha de luz y de sombras, desde la que confesamos la mesianidad de Jesús y la salvación que se deriva.

Al contemplar, por unos instantes, la gloria divina, trascendente, que irradiaba la humanidad de Jesús, Pedro, lleno de espanto, fuera de sí, como si buscara retener la luz del Tabor, lejos de los dolores de la Pasión, exclama: « Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Pero no es posible acampar arriba del Tabor, como si ya hubiera llegado el tiempo del reposo eterno, y se pudiera esquivar las sombras y conflictos de la historia. Ciertamente, desde la nube que envolvía a los discípulos se oyeron unas palabras que, además de destacar la singularidad de Jesús, ratificaban el carácter trascendente de su Palabra: «Éste es mi Hijo amado; escuchadlo». De pronto, sin embargo, a semejanza de los discípulos, al mirar alrededor, no vemos sino el rostro familiar del crucificado. Y nos damos cuenta de que lo decisivo para nosotros no es rehacer las

manifestaciones desconcertantes que los apóstoles contemplaron en la montaña, sino acoger lo irreversible de su testimonio sobre Jesús. Más grande que Moisés, mayor que Elías, Hijo amado de Dios, Jesús es la palabra que hay que escuchar, la luz que hay que contemplar. Que con la fuerza del Espíritu nos convirtamos en oyentes fieles de la Palabra que Dios nos dirige en la montaña del Tabor, de manera que nuestra vida sea dirigida por Jesús y su Evangelio. Así, siguiendo sus pasos, podremos recorrer los caminos que a través del Viernes Santo nos introducirán hasta las estancias de la Pascua eterna.